RELACION
LOS DESAGRAVIOS
DE CHRISTO,
Y VENGANZAS.
DEL IMPERIO.

TEniédo el Romano Imperio
Tiberio, Cesar Augusto,
á los catorce años de èl,
reducidos en tres lustros,
se apareciò en Galilèa,
para admiracion del mundo,
este Profeta Sagrado,
assi llamado de muchos
Christo JESUS de la Plebe,
é Hijo de Dios, de algunos.
La proporcion de su cuerpo
tan igualmente dispuso
la Divina Arquitectura
con soberano dibuxo,
que à nuestro corto entender,
à nuestro humano discurso
parece que le costò
nuevo trabajo, y estudio.
Largo el cabello, y tendido
sobre los hombros, al uso
Nazareno, del color
de aquel sazonado fruto,
que en tunica de esmeralda
el avellano produxo.
La frente espaciosa, y limpia,
que coronando lo summo
del edificio bizarro,
con elegancia la puso
el Cielo sobre dos arcos,
division de dos cerbunclos,

do-

doseles de dos Deidades,
y de una Magestad triunfo.
Tales, señor tales eran
los ojos, que si allà cupo
invidia, invidioso el Cielo
en luceros los traduxo.
En las hermosas mexillas
lo candido, y lo purpureo
apacible competencia
blasonaban siempre juntos,
porque en deshojadas rosas,
ò en copos de nieve, puso
encontrada paz perpetua,
discorde, y perpetuo yugo.
Dividia estos dos campos
la linea de los descuydos;
mas con cuydado tan grande,
ò con descuydo tan culto,
que huyendo de los extremos
dió perfecciones al uso.
De dos hojas un clavel,
los labios castos, y puros,
muy prevenidos de sangre
por tener que perder mucho.
Y del color del cabello
oro fino, y no tan rubio
la hermosa barba, partida,
tan liberal siempre anduvo,
que aun quiso partir la barba,
por no tener nada suyo.
La tunica, que traìa
afirman grandes Tribunos,
que en su niñèz fue labrada
por su Santa Madre al justo
con la pequeñèz del cuerpo,
y como en edad robusto
crecia, iba obedeciendo
la vestidura à su vulto,
creciendo con èl: tal era
su compañia, que presumo,
que como alma tuviera,
no quiso dexarle un punto.
Inconsutil la llamaron,
porque costura no tuvo:
raro, y celestial milagro
por nunca visto, y por suyo.
Traía los pies descalzos,
pero tan limpios, y puros,
como si pisàra siempre
flores del campo, ò ligustros.
A este Hombre, Profeta, ó Dios,
sino lo fue todo junto,
porque predicó verdades
à los Pontifices Summos
de Jerusalèn, dormidos
en sacrilegos insultos,
tra-

trazaron darle la muerte,
solicitando perjuros,
que de su vida inculpable
justificasen descuidos.
Vendiòle para este intento
de los Dicipulos suyos,
un Judas: què vil hazaña!
què aleve, y barbaro asunto!
Por treinta dineros solos
vendiò el precio, que no cupo
en las mansiones del Cielo,
ni en las estancias del mundo.
Prendieronle, y con afrentas
(que porque de nuevo injurio
su nombre, no te las cuento,
si se reducen à numero)
à muerte fuè condenado
por Pilato, Juez injusto.
Pusieron sobre sus hombros
la pesada Cruz, y el vulgo
nunca con tanta razon
alborotado, y confuso,
discurria por las calles
de tanto dolor conductos.
Un Centurion con cien hõbres
aseguraba el tumulto,
y al son de roncas trompetas
engrosaba el ayre puro.
De esta manera llegaron
al suplicio, y yà desnudo,
con tres rigorosos clavos,
que à los golpes de un verdugo,
aunque remisos temieron,
obedecieron agudos.
Fuè en aquella Cruz fixado
con la corona de juncos,
que penetraban las sienes,
dignas de Laurel Augusto.
Enarbolaron la Cruz,
y en ella pendiente estuvo
cambiandole al Sol reflexos,
lo candido, y lo ceruleo,
hasta que dando una voz,
que atemorizò el concurso,
inclinando la cabeza,
el espiritu traduxo.
Entonces, señor, entonces
se cubriò el Cielo de luto,
bayetas arrastrò, el Sol
mortal se llorò, y difunto,
y con mysterioso eclypse,
contra el ordinario curso
de los Astros, lastimado
perdiò su luz, quedò obscuro,
tanto, que dixo en Atenas
el Areopagita: Dudo
de:

de este prodigio la causa,
ò padece el siempre oculto
Dios de la naturaleza,
ò vuelve à su caos confuso
esta Maquina del Orbe
perecedero, y caduco.
Las piedras unas con otras
se dieron encuentros duros,
rasgóse el velo del Templo
de lo inferior à lo summo,
tembló la tierra, y salieron
los cuerpos de los sepulcros.
Esta es la tragica historia,
este el delito, el absurdo
mayor, que oyeron los hombres
cuya venganza procuro.
Dueños somos de la empresa,
y solemnemente juro
por los soberanos Dioses,
à quien se debe mas culto,
que ha de ver Jerusalèn,
y los moradores suyos,
sus edificios postrados,
arruinados sus muros,
sus calles nadando en sangre,
sus chapiteles en humo,
y al fin, su sagrado Templo
profanado, y resoluto.

EIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Doña Maria de Ramos, y Coria, Plazuela de las Cañas.